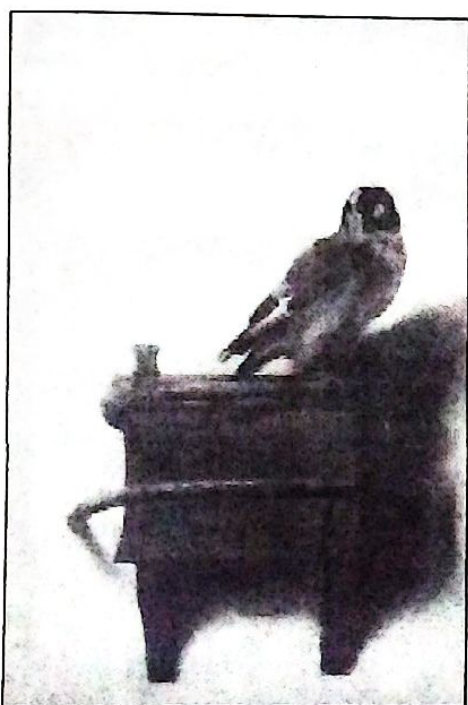


El pasado en un poemario de Jaime Zabaleta

Alfonso Gamarra Durana *

(SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE)



Si los poemas estaban antes sobrecargados de negatividades, ahora Zabaleta está arrebatado con sus aseveraciones, bien plantado en sus metáforas, despojando a la poesía de lo superfluo para concederle una cierta serenidad cuando.

«a la vista secreta y silenciosa de la elevada cumbre de los montes... se da al ávido mirar del caminante el conjunto de restos rectilíneos de la imponente piedra impenetrable de Tiwanaku»

Porque aquí cambia lo negro, del lenzo conquistado, a un multicolor, fecundo y verdadero panorama que es la tierra que descubren las carabelas.

Estas partes «adicionales» muestran la madurez expresiva de Zabaleta porque las imágenes de agresión y laceramiento se quedan a prudente distancia, aunque está permanentemente amagando el hallazgo de una pena retrospectiva.

«¿Qué aguardaba a los hombres temerosos en la insegura cáscara de nueces

en esa soledad interminable...?

Ahora el verso es vislumbre e invocación - por eso el destino trunco de no haberse materializado en prólogo-. Hubiera dado quizás una iridiscencia premonitoria a su amplia explicación poetizada.

La tercera parte está ordenada en varios poemas que constituyen «El canto a la fundación de Cochabamba» en el que el lector descubre sencillamente el más penetrante y contagioso cariño cochabambino del autor, y consiste en la transcripción emotiva de que de lo perplejo -la conquista- llegó a lo conmovedor cuando el hombre alcanzó la libertad con la república. El ritmo interior de su poesía se desarrolla en espacios cautos y despejados.

«No supo el capitán no imaginaba que la naciente villa sinónimo de paz y mansedumbre - que la apacible villa crecería...»

El poeta ha cambiado de pluma. Para cantar a su tierra se precisa brillantez pues aquí no era que **«el suelo ingobernable / cual un potro salvaje / resistía el asedio...» sino que gratuitamente se encuentran «llanuras verdes cuajadas de mazorcas / de espigas rubias / de zanahorias frescas»**. El escritor vibra con el tránsito a la calidez que fructifica llusiones, cuando están perdidos los fantasmas del pasado. Parece que la llegada de la independencia ha mejorado hasta la temperie. De esta manera regresa a los moldes románticos y, con el rubor vital que concede el clima valluno, se motiva con el símbolo creado, ganando espacios ideales donde no se sienta aislado sino participante y crédulo de su tierra. Sostiene el lujo de imágenes con una filosofía altísima.

«Es bueno recordar lo que se ha sido pero es mejor pensar en lo que viene partiendo del presente...»

Sus sueños, ya no frágiles, buscan las palabras idílicas para alentarse a sí mismo. ¡Cómo se comprende que el aire del valle mantiene joven a la sangre!. De ésta sale el climatizado lenguaje. Resurrecto del pretérito, con versos cortos, estira las esperanzas, y amando a su región traza los contornos estremecidos de un vidente.

Por eso leyendo los dos últimos poemas nos invade una indistimulada noción de vida. Su metáfora es espontánea, porque la re-

flexión contagiante es suelta y la imagen, táctica; sin menester de explicaciones ni antecedentes.

«... dentro tu piel rosada palpitan los fragantes duraznos de tu carne los membrillos dorados de tus senos...»

El lenguaje de Jaime Zabaleta logra sorprendentes aciertos en el conocimiento del producto agrícola. Su vehemencia se vuelve coherente con el agro, y se aleja de aquella interpretación severa de la naturaleza que dice:

«una doliente pobre y triste sombra en una eterna noche de velorio...»

...en que tanta humillación se extendió en el altiplano.

De cualquier manera el poeta nos enseña que no hay que detenerse solamente en las palabras, es preciso buscar en los contextos. No se puede escribir versos telúricos con simples inspiraciones cortas o estallidos adinámicos, puesto que los versos se van buscando para enlazarse y abrir rasgos de grandeza.

Hay que recordar que los dos temas principales del libro de Zabaleta son para un plan de epopeya, y él es reconocido en el país como creador de poesía romántica. Con sus hilos se mueven las musas de la plenitud amorosa, y al terminar este su escrito presente en el fondo que lo narrado expira, y al final de la empresa literaria se colisionan el aporte espiritual con la densa realidad. No se satura con sus declaraciones líricas porque no es un poeta escapista, que se desentiende premeditadamente de la realidad actual al combinar finalmente en trazos finos el legado ajeno y tradicional con un sentimiento propio y esperanzador:

«Es hora...

de luchar por la vida venturosa de hacer más grande el solar donde nacimos»

FIN

* Alfonso Gamarra Durana. Miembro de la Sociedad Boliviana de Historia.